

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO, mes. . . . 8 rs.

Trim-stre.. . . 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre.. . . 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO, UN REAL.

EL ECO

DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

Y CARTAGENA ILUSTRADA.

Trimestre.. . . 28 rs.

Fuera id.. . . 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 r

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA
Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias
corresponsales
de la casa SAAVEDRA.

Martes 17 de Febrero.

El Eco de Cartagena.

LA PROPIEDAD Y LA POBREZA.

No penseis poder vivir en este mundo como ciudadanos: sois los extranjeros del tiempo; la tierra es el destierro solitario donde cumplis la mas fatal condena.—No obstante, la providencia, vuestra solícita madre que os guarda un lugar en la región celestial, os hace ya propietarios en este mismo destierro. Id al norte y mediodía, á oriente y á occidente, y en todas partes encontrareis dilatadas praderas y estensísimos desiertos que no reconocen otro dueño que vuestra sombra. Los mares y sus arenosas orillas, los rios y sus riberas alagadas de hierba, los picos de los montes y los gigantescos senos de los valles os reconocen por señores.

Tal vez caréceris en la ciudad de un rincón á propósito, donde vuestra joven esposa, bálsamo de vuestro corazón, pueda dar á luz el primer fruto de vuestro amor: no importa, venid. Internaos en la soledad, descendad por la deliciosa pendiente, traspasad la llanura sombreada de bosques: aquí la naturaleza ha deramado todas sus bellezas. Numerosos grupos de hayas y encinas envilecidas, cruzan sus prolongados brazos cubiertos de hojas, para formar vistosas cúpulas de diversos verdos, que son como el arco de triunfo que el cielo eleva á vuestra resignación: pasad bajo él.

Juntos y pobres viajeros: vuestra esta sombra que respira fresca, y vuestra esta artística galería cuya bóveda de verdes hojas deja entrever á intervalos el límpido azul de un cielo que reposa esperanza. Tras esta galería, el monte os abre de par en par las puertas de un alcázar, digno del autor de la creación: traspasad las columnas colosales, formadas por moles inmensas de una piedra abumada por los elementos: seguid

por los espaciosos salones que siguen á esta portada imponente: en sus techos cincelados por los siglos, el eco de vuestros pasos resuena como una voz respetuosa.

¡Qué soledad...! qué grandeza...! qué religioso silencio...!

Resignados proletarios, sentaos aquí, y despues de haber alzado al cielo vuestra frente bendecida por la fatiga, descansad. Los primeros vagidos del nuevo ángel que vuestra joven esposa haya dado al mundo, os despertaran, y entonces vereis á la luna cual encendida antorcha al través de las ligeras nubes, que ondulaban á su alrededor como blancos y ligeros crespones. ¡Qué importa que cerca de las ciudades no tengais ningun campo vuestro? Aquí vosotros sois los reyes, y debeis alegraros que aquellos campos no sean vuestros, pues así vuestro corazón no se aprisionará en ellos.

La propiedad es una carga como la pobreza.

No os aflijais: un solo viviente pasó por el mundo siendo verdaderamente pobre. Este era aquel del cual había sido escrito: vino á lo que era suyo, y los suyos no le recibieron: y también Aquel en que debía realizarse esta profecía: *La zorra tiene su cueva, el pájaro su nido, y el hijo del hombre no sabe donde reclinar su cabeza.*

El se hizo pobre para enseñar la resignación á los pobres, porque Él había dicho, —y su palabra no faltará:— «Siempre habrá pobres en el mundo,» y en efecto, la pobreza, como consecuencia que es de la corrupción de los hombres será eterna.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen lleva en si todo hombre: el único medio de abolirla es abolir el pecado en los individuos y la degradación moral en las masas: la regeneración debe hacerse en el cristianismo.

No creáis poder destruirla tomando lo que pertenece á los demás, pues haciéndoles pobres aumentais el número de los pobres: lo que os conviene es clamar por el restablecimiento de la caridad, pues que entonces, —estad seguros de ello,—la

miseria no será sino una escepcion que Dios permitirá para recordarnos la debilidad de nuestra naturaleza y la necesidad del amor mútuo y de la union fraternal entre todos.

HOMBRES

Y COSAS DE CARTAGENA,

por J. L. Combats, de la Commune de Paris.

II.

SUMARIO. — El 12 de enero.—La junta huye.—Viaje de la «Numancia».—Desaparición y repartimiento de la caja.—Fisonomía de la «Numancia».—Nuevas de Galeras. Como abandoné la «Numancia».—Perdido en la mar.—Lucha desesperada.—¡Me arrojo al agua!—¡Salvado!—Cartagena á las seis de la tarde.

Eran cerca de las seis de la mañana: el cielo estaba brumoso, la mar agitada, y el horizonte cargado. La población como el tiempo, como el cielo y como la mar. Una semi tristeza, preñada de inquietudes y esperanzas, se reflejaba en todas las frentes. Todo el mundo se hallaba conmovido. Y, sin embargo, no había ya duda sobre los términos de la rendición. Se citaban las palabras del general Lopez Dominguez y las del brigadier Carmona. La Junta misma había leído las condiciones consignadas en el pliego llegado durante la noche del cuartel general. Y á pesar de estas afirmaciones, se veía á la multitud presa de una especie de estremecimiento de dolor.

Tuve la esplicacion de este estado fisiológico general al saber que una parte de los defensores de Cartagena se condenaba voluntariamente al destierro, embarcándose en pos de Contreras á bordo de la «Numancia» y que iban á tomar el camino de Orán.

Había ya motivo de preocupación para los que iban á dejar tras sí su país amado, y sin embargo, esto no me parecía justificar este grande tinte de melancolía. «Aquí se oculta algo grave,» me decía yo, y pensando en ello corrí al cuartel de Guardias marinas con la intención de saber los sucesos de la noche.

Creía á la Junta en su puesto, porque en el gran salon de este edificio era donde la Junta y el pueblo habían discutido y debían formar con la comision del ejército la rendición anunciada.

Pero la Junta no estaba. «¡Ha huido cobardemente!» se oía gritar por todas partes. «¡Nos ha abandonado despues de habernos comprometido á todos, despues de habernos arrojado...!»

Y la biis que desde largo tiempo venia

desarrollándose contra esa Junta tan déspota como ignorante, se desbordaba de todos los corazones. El concierto de maldiciones era tan tumultuoso como una sinfonía de Verdi, y el que hubiera podido escuchar con cien oídos, hubiera recogido sobre una porción de junteros hechos que harian mal en una biografía de un hombre honrado.

A uno se le reprochaba la desaparición misteriosa de lingotes de plata; á otro el robo de los derechos del 30 por 100 impuestos á las mercancías cogidas á bordo de los vapores *Vitoria*, *Darno*, *Extremadura* y *Bilbao*; á este la desaparición de las mejores telas depositadas en los almacenes de *Las Navas*; á aquel el escamoteo de los bronceos y cobres del Arsenal; al de mas allá un robo, y otro, y otro. Esto era interminable, y se hubiera uno creído en Esparta, donde el robo era recompensado.

Al saber el desaparecimiento, el eclipse de la Junta, mi corazón se oprimió de disgusto, porque todos, excepto Contreras, Ferrer y Gavaz, habían aceptado las condiciones de la rendición; y en su miedo cerval de la víspera habían escitado al pueblo á depositar las armas.

Pero yo lo había previsto siempre y anunciado como el desenlace inevitable de esta tragedia, en medio de la cual venian entriquetándose desde el principio los marcaderos políticos colocados á la cabeza del movimiento cantonal.

Al saber su huida á bordo de la *Numancia* corrí á ella con el objeto de obtener un socorro que se me había prometido muchas veces y que debía servirme para abandonar Cartagena á toda prisa, porque, aun cuando yo no he sido aquí mas que un acogido de S. Bernardino, abrumado todos los dias con nuevas humillaciones, mi nombre solo me exponía á terribles accidentes.

Llegué á bordo hacia las once de la mañana, agravando con gran dificultad la multitud de embarcaciones cargadas hasta los topes que se apiñaban á los flancos colosales de aquel monstruo acorazado.

Fui derecho al general Contreras, á quien siempre he querido y estimado, porque sabía lo honrado que ha permanecido en medio de la Saturnal, y le conté mi posición, no por esperar de él dinero, porque conocia su pobreza; le había visto muchas veces antes del bombardeo, comer el pan de panadería y fumar los cigarros que sus mejores ayudantes Rivero y Osate daban á escondidas á su asistente Martín, que fingia haberlos comprado fuera.

El general se conmovió del abandono vergonzoso en que se me dejaba en presencia de tantos peligros, é hizo llamar á Eduardo Gernés, vicepresidente de la Junta, recono-